

# TUMBAS DE FUEGO



# TUMBAS DE FUEGO

AERYN ANDERS



Segunda edición: diciembre 2022

© 2022, Aeryn Anders  
@2022 Knowmadas Books  
30009 Murcia  
info@knowmadasbooks.es  
www.knowmadasbooks.es

Knowmadas Books apoya la protección del *copyright*.  
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.  
Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que Knowmadas Books continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70

Impreso en España / Printed in Spain

ISBN: 978-84-1263-175-3  
Depósito Legal: MU 1227-2022

Diseño cubierta: ©Monagus Desing  
Diseño y maquetación: @Monagus Design

*Para ti que siempre serás  
mi fuente de inspiración.  
Te quiero.*



Con hesitación elevó primero un pie, hizo presión para comprobar la estabilidad del taburete; al cerciorarse de que aguantaría su peso, subió el otro. Sujetó —con ambas manos— el círculo formado con la soga y lo pasó por la cabeza hasta colocárselo en torno al cuello, al igual que si se tratase de uno de sus collares.

Llevó las manos atrás y tiró del nudo marinero —ese que aprendió a realizar hace mucho tiempo— hasta notar la presión ejercida en su garganta. Cerró los ojos evocando un recuerdo de los tres antes de poner una pierna en el aire y ayudarse con la otra para tirar el taburete. No opuso resistencia a la asfixia que provocaba la soga sobre su cuello.

«Espero que algún día podamos reencontrarnos», pensó mientras todo se oscurecía a su alrededor.





# Preludio

## Julio de 2003

En algún punto a las afueras de Barcelona

La armonía de las notas del Preludio de la *Gota del agua* de Chopin —que resonaba a través de los auriculares del iPod— inundó de paz cada recoveco de su alma. Llevaba semanas sin descansar bien, los altibajos de su cerebro le cegaban con más asiduidad impidiéndole pensar con claridad.

Desde su llegada a aquellas detestables calles, que componían el pueblo de Besalú, se sintió un bicho raro. Más bien cada uno de los habitantes del medievo, porque no podía considerarlos del siglo XXI, fueron los culpables de su inestabilidad mental. Los constantes cuchicheos y señalamientos de dedo llevaron a ocasionar aquel desasosiego en su yo interno.

Quiso revelarse a lo que, con infinita insistencia, le susurraba su cerebro una y otra vez; pero no era quien para dejar a medias una obra divina iniciada, tenía la responsabilidad de culminarla, así todos comprobarían qué era capaz de realizar cuando se lo proponía. Aquello era un aviso para cada uno de los habitantes de aquel despreciable pueblo, una prueba de que jamás permitiría que nadie se entrometiese en su vida.

Ladeó, sin cesar, el cuello con la intención de estirarlo. Aquel rítmico movimiento lograba que se concentrara y era primordial hacerlo, no podía quedar nada fuera de su control, si dejaba algún cabo suelto sería su final. Algo que nunca toleraría.

Desvió la vista a la derecha, justo donde descansaba el cuerpo desnudo de su amante, no le llevó mucho convencerlo para salir de la asfixia de Besalú con la excusa de que anhelaba pasear por las concurridas calles de una gran ciudad. Evitó mostrar el placer que le produjo cuando él optó por alojarse en una casita veraniega que disponía a las afueras de Barcelona.

A su llegada, observó el encanto que emanaba cada tabla —elaborada en madera de cerezo— que componía la casa, también la arboleda que la rodeaba concediéndole un halo de intimidad. Aprovechó el estado de somnolencia de su amante, provocado por una intensa sesión de sexo salvaje y alcohol mezclado con más sustancias, para pasear por los alrededores; debía asegurarse de que estaban solos en aquel pintoresco lugar.

Regresó a la casa, le agradó comprobar que él seguía preso en los brazos de Morfeo, aquello le concedía el tiempo que precisaba. Deseaba revisar cada rincón de la campestre cabaña. No se trataba de una vivienda al uso, su función más bien parecía la de una choza de aperos; sin embargo, el dueño destinó una parte de ella a la construcción de una cocina, un dormitorio y un baño. Dedujo que lo hizo con la intención de disponer de un lugar donde serle infiel a su mujer.

Cerró los ojos al pasar la mano por la pared —de lo que supuso era el almacén— repleta de herramientas. La conexión que sintió con cada una de ellas logró que alcanzara un estado de excitación que ni el propio dueño de la casa había logrado.

Con pasos cortos se acercó hasta el centro de la estancia, recorriendo con las yemas de los dedos la superficie irregular de la madera. El primer flas le llegó de inmediato, se obligó a contener el gemido —placentero, sin lugar a duda— que deseaba liberar su garganta.

Encima de la mesa yacía tumbado su amante desnudo. Se encargó de su traslado desde el cuarto hasta allí, arrastrarlo no le supuso ningún esfuerzo; sobre todo, porque sabía qué le depararía una vez estuviese en el sitio indicado.

Examinó la anatomía con el entusiasmo de lo que en breve sucedería. Quería comprobar si las investigaciones sobre el priapismo

*post mortem* eran verdad o solo una leyenda urbana. Ubicó la mano abierta en el inicio de la pierna e inició un ascenso rítmico hasta alcanzar la ingle. Ladeó primero el dedo meñique para después acompañarlo con los demás hasta sujetar la verga, el músculo comenzó a mostrar los primeros síntomas de vida ante sus caricias.

Las prisas por regresar a Besalú no existían, disponía del tiempo necesario para culminar el acto sin premuras, no necesitaba precipitar nada, podía saborearlo una última vez antes de volver. Apoyó el pie en la barra transversal que daba estabilidad a la mesa, tomó impulso hasta colocarse de espaldas encima de su amante, le encantaba aquella posición en la que ambos eran dominados a la vez. Le sujetó los tobillos con las manos, así comenzó una cabalgada que iniciaría el prelude de todo lo demás.

Una vez de pie, y en el suelo, secó el sudor de su frente provocado por el ejercicio recién realizado. Miró el rostro de su amante: proseguía con las facciones relajadas, su aura exhibía ese estado de paz que solo los muertos son capaces de revelar. Conectó el iPod en el altavoz portátil, la habilidad de Chopin envolvió la sala de inmediato. Se tomó su tiempo antes de proseguir con el cuerpo de su *affaire*.

Deambuló de un lado a otro frente a la pared que acogía las herramientas que, seguramente, usaba tanto en el campo como para mantener la construcción en perfectas condiciones. Al final se hizo con una sierra de tamaño medio antes de regresar junto a él. No se demoró, su ímpetu por ver manar la sangre crecía a pasos agigantados, situó la sierra en una de las orejas y, a ritmo de Chopin, la cortó. Repitió el proceso con la otra. Pasó el dorso de la mano por su rostro ensangrentado, deseaba eliminar las gotas que le habían salpicado en el transcurso del corte.

Miró la herramienta manchada, con esa no podría separar el resto de los miembros del tronco, necesitaba una más resistente. Volvió a centrar su interés en la pared que acogía las herramientas, una sierra mecánica captó su atención. Aunque le llevaría su tiempo, con ella sí rasgaría los huesos.

Paseó las yemas de los dedos con premeditada parsimonia por sus brazos, impregnados con la sangre que derramaba su amante, hasta

alcanzar los labios, sacó la punta de la lengua y la saboreó como el mejor de los manjares. Era la primera vez que se atrevía a ejecutar tal proceso, hasta entonces sus escarceos no habían sido tan esmerados, aunque en un principio creyó que sí. Por lo general, no disponía ni del tiempo ni de la soledad que este le ofreció con aquel viaje; por ello, se contentaba con observar las llamas arrasar todo a su paso, incluidas sus víctimas.

Se demoró unos segundos analizando su obra divina y descubrió que únicamente faltaba un pequeño detalle para finalizar. Estudió de qué modo extraer los ojos de las cuencas y así dejarlas vacías, solo de pensarlo la piel se le erizó.

—¿Qué haces aquí que no estás en la cama?

Salió de la ensoñación al escuchar la voz de su amante a su espalda, ladeó el rostro para observarlo desde la lejanía. Lo máximo que realizó fue mostrar una sonrisa ladina como respuesta mientras acortaba la distancia entre ellos.

**24 de diciembre de 2003**

Besalú. Casa de Joan

Joan llegó a la ciudad pasada la media tarde junto a su fiel amigo Neo, un caniche enano blanco que rescató de una muerte segura a los meses de que a él le ocurriera su desgracia particular. Quedaban algo más de dos horas para que tuviese lugar su encuentro con Stacy en el aeropuerto, mantenían contacto vía correo electrónico desde que ella se marchara para llevar a cabo su nueva gira; si bien, eso no le impidió proseguir investigando los casos de incendio que asolaron dos viviendas de Besalú dejando, a su paso, cinco cadáveres.

Accedió al pequeño despacho que instaló en la vivienda, aunque la gran mayoría de las pesquisas se hallaban a buen recaudo en la caja fuerte de la cabaña del bosque. Se ubicó frente a la pizarra y analizó los datos allí anotados, pensando que seguía sin entender cómo se dejó convencer por la locura de Stacy, sabía que no tenía ni pies ni cabeza la línea de investigación que ella trazó meses atrás; pero al ser consciente del declive en el que se estaba convirtiendo su vida fue suficiente para sumarse a la causa. Se dijo que, por lo menos, las horas que dedicara a unos casos inexistentes le despojarían de pensar en la desdicha en la que se había transformado su existencia.

Centró la atención en el último incendio acaecido en el mes de junio del anterior año. Algo en los datos llamó su interés.

—Debí anotarlo mal —dijo en voz alta mientras regresaba al escritorio, deseaba encontrar, bajo la montaña de papeles que lo llenaban, la copia del expediente.

Buscó las horas de llamada a emergencias y le sorprendió averiguar que no lo copió mal, los datos eran exactos.

—No puede ser —comentó, releendo de nuevo el informe—. ¿Cómo es posible que se nos pasara esto?

Con la mente funcionándole a mil por hora, abandonó la casa sin molestarse en apagar las luces, debía informar de inmediato al inspector Bassa. Era primordial que conociese el nuevo dato descubierto; ya que, con suerte, podría presionar a su superior y reabrir los casos. Estos no estaban tan cerrados como en un inicio se suponía.

De camino a la comisaría de Olot, marcó el número de su compañera de aventuras. Intuía que a esas horas el avión surcaría el cielo; pero dedujo que escucharía el mensaje una vez aterrizase y se sumaría, con sumo gusto, a la nueva línea de investigación.

—Stacy, he encontrado algo que se nos pasó por alto, creo saber por dónde tenemos que empezar para esclarecer todo. Estabas en lo cierto.

Activó las largas del coche, así tendría una mejor visibilidad, aquel tramo de la carretera estaba a oscuras y era habitual que se cruzase algún animal salvaje. Lo que menos deseaba era tener un accidente que ralentizara el inicio de una nueva aventura.

No lo vio llegar, únicamente sintió el golpe; el cual lo desplazó de la calzada y lo mandó directo al gran árbol obligándolo a maniobrar con suma urgencia. Lo último que escuchó antes de desfallecer fue el intenso pitido de su propio coche provocado por la presión que ejercía su cabeza sobre el volante.

## 2

**24 de diciembre de 2003**

En algún sótano de Besalú

La humedad del sótano se percibía nada más abrir la puerta, ignoró el fuerte olor que provocaban las manchas de filtraciones repartidas a lo largo de la estancia. Descendió los escalones y cerró el portón tras de sí. La oscuridad se desvaneció cuando accionó el interruptor de la luz e inundó la sala con una blanquecina iluminación artificial.

Observó su improvisado laboratorio, le encantaba pasar las horas en aquel lúgubre lugar. Esos instantes de creación le daban el poder sobre las víctimas cuando actuaba, verlos suplicar era tan placentero que por momentos sentía que alcanzaba el nirvana.

Recorrió, con las yemas de los dedos, el frío metal de la mesa ubicada en mitad de la sala. Observó a su paso la amplia gama de instrumentos que más usaba: matraz de lavado, autoclave, frasco de Woolf, matraz Erlenmeyer, vasos de precipitado, incluso tocó el aparato de Kipp y el cubo hidroneumático, el resto estaban repartidos por los estantes ubicados en las paredes.

Se hizo con la bata blanca que colgaba del gancho de la pared izquierda y se dispuso a crear el paralizante nervioso que utilizaba. Pensó que no tendría que estar en el sótano; pero las recientes investigaciones lograron que actuara de manera precipitada, era eso o en breve le pisarían los talones, algo que no podía permitirse, su obra maestra no estaba finalizada y necesitaba más tiempo para culminarla. Tenía claro que no cesaría hasta conseguirlo.

Sin prisa pero sin pausa creó la sustancia que tan bien se le daba. Le costó años perfeccionarla y logró que su puesta en escena se atrasara, sin embargo, al final lo consiguió. Hacía demasiado tiempo que planeó su ópera prima y sabía que una vez culminada todo el mundo conocería su obra divina. Trabajó toda la mañana y parte de la tarde con los sentidos en alerta, no deseaba que nadie conociese su secreto, era su creación y hasta no estar finalizada no daría la cara. Cerró la puerta del sótano con llave antes de subir al dormitorio, observó el cuerpo que, aún dormido, yacía en la cama momentos antes de adentrarse en el vestidor.

Con su habitual traje negro, descendió las escaleras hasta llegar al garaje. Subió al Sedan oscuro y condujo por las calles de Besalú hasta su destino. La fachada marrón se proyectó en su campo de visión al dar la última curva que salía de la urbanización. La vivienda familiar, ubicada en la entrada del bosque, era su paradero. Dentro encontraría a sus próximas víctimas con los preparativos de la cena de Nochebuena.

Descendió del vehículo paulatinamente, no deseaba que el frasco que llevaba en el bolsillo del abrigo se rompiese, sin él no podría ejecutar su plan perfecto. A paso pesados, debido a la capa de nieve que ocultaba la calzada, avanzó hasta alcanzar la puerta de madera adornada con una filigrana artesanal de motivo navideño. Tocó el timbre y esperó a que le abriesen.

La señora Santaella amplió una gran sonrisa al divisar quién la visitaba ese día tan familiar.

—¡Qué alegría verte! ¡Feliz Navidad! —expresó sin dejar de sonreírle.

—¡Feliz Navidad, señora Santaella! —contestó con esa educación que caracterizaba su forma de ser.

—Déjate de formalidades, nos conocemos muchos años. Anda, pasa que hace frío en la calle. —En el rellano saludó a la señora Leonor con dos besos—. Pensaba que estabas fuera de la ciudad.

—He decidido pasar las fiestas en familia.

La señora Santaella guio a su visita por la vivienda hasta llegar a la cocina, donde la chimenea de leña caldeaba la estancia.



—Es una gran noticia, no hay nada mejor en estas fechas que disfrutarlas con tus seres queridos.

—¿Está Stacy en casa? —preguntó de sopetón.

Su voz sonó apresurada, se maldijo por ello. No debía precipitar los hechos, a fin de cuentas, todo saldría según lo planeado. Inspiró una bocanada de aire para calmar los nervios que siempre dominaban su cuerpo cuando actuaba.

—No. Ha llamado esta mañana para confirmar que no puede aplazar la gira y regresar a tiempo.

—Una lástima, tengo ganas de verla. —Se incorporó de la silla, haciendo el amago de marcharse—. Me voy, así la dejo seguir con preparación de la cena.

—Espera, no te vayas todavía. Deja que sirva algo. Eduard se alegrará de verte.

Leonor se acercó a la nevera y sacó el habitual ponche sin alcohol que preparaba siempre en esas fechas. Dispuso tres vasos en la bandeja y los acompañó con los típicos dulces navideños.

—¡Leonor, puedes venir un momento! —escucharon gritar al señor Santaella desde otra estancia de la vivienda.

—Discúlpame, regreso enseguida —se excusó esta.

Aguardó unos instantes antes de sacar el frasco que contenía la sustancia que los dejaría paralizados. Distribuyó el contenido entre los tres vasos y guardó el recipiente en el bolsillo. Miró sus manos enguantadas y sonrió expectante ante los acontecimientos que tendrían lugar en breve.

La señora Leonor regresó a la cocina con su perenne sonrisa, recogió la bandeja instándole a que la acompañara al salón. Cuando accedió le sorprendió no divisar al resto de habitantes. Saludó al cabeza de familia mientras tomaba asiento frente a ellos.

Brindó con los anfitriones, llevándose el vaso a los labios, aunque se demoró un poco hasta que se cercioró de que ellos habían ingerido el ponche.

—¿Dónde está Arian? —preguntó a la señora Santaella.

Leonor sacudió la cabeza con un ademán de negación.

—Pasará las fiestas con su padre. Iban a estar en el pueblo, pero a Jair le ha surgido un problema en el trabajo y llamó hace dos días para comunicar que tampoco venía.

Quiso contestar; sin embargo, el sonido del cristal cuando se rompe hizo que ampliara la sonrisa, su fórmula había hecho efecto. Miró a los señores Santaella mientras se incorporaba del asiento y dejaba el vaso intacto encima de la mesa.

—Eduard, cariño, no puedo mover el brazo —dijo alarmada Leonor.

Su marido intentó levantarse, máxime lo único que consiguió fue estrellarse contra el suelo.

Sin prestar atención a los auxilios que solicitaba el matrimonio, conectó el televisor y elevó el volumen, de ese modo paliaba los gritos; aunque dudaba que alguien los escuchase, los vecinos más cercanos estaban fuera de la ciudad. Sin tiempo que perder, salió y regresó con dos latas de gasolina para rociar todo a su paso.

—¿Por qué haces esto? Te considerábamos parte de la familia —sollozó Leonor angustiada.

Los miró con el desprecio y el odio acumulado a lo largo de los años.

—La culpa es de tu queridísima hija. Si no metiese las narices donde no le llaman, esto no pasaría.

—No lo comprendo, mi hija te aprecia. ¿Qué te ha hecho para actuar así?

—Investigar los incendios que han asolado la ciudad, no puedo permitir que me capturen antes de terminar mi obra maestra.

—Tú —afirmó Leonor perpleja.

Ignoró a la mujer y terminó de impregnar la vivienda con el carburante. Justo en el centro del salón observó su labor, no era un trabajo tan esmerado como el último, pero el tiempo apremiaba. Encendió el mechero y lo arrimó a la cortina —empapada en combustible— del cuarto principal, no tardaron en aparecer las primeras llamas. Repitió el procedimiento por toda la casa, necesitaba avivar el fuego para que asolara la construcción en cuestión de minutos.

Asegurándose de que todas las estancias ardían, regresó al salón ya cubierto por el denso humo. Se tapó la nariz y repitió el mismo proceso. En la entrada de la vivienda vislumbró con fascinación cómo el incendio comenzaba a arrasarse con todo a su paso. Era cuestión de minutos que la lengua de fuego alcanzase los dos cuerpos inertes que había en mitad de la estancia. No se marchó hasta asegurarse de que quedaban escasos centímetros para ello.

Accedió al vehículo y se alejó de la parcela de los Santaella. Observó, por el espejo retrovisor, cómo a la vivienda la envolvía una anaranjada luz y una humareda negra que ascendía hasta el cielo.

—¡Feliz Navidad, querida Stacy! —musitó al tomar la curva que daba acceso a la vivienda familiar y observar quién llegaba.

Una vez en casa y bajo el chorro de agua, se despojó del olor a humo y gasolina. Frotó con vehemencia cada rincón de su anatomía antes de cerrar el grifo. Le llevó un tiempo finalizar la tarea de vestirse y estar presentable para su próxima cita. Era de vital importancia que nadie sospechara nada y eso lo controlaba bien, se había pasado toda una vida aprendiendo a empatizar con los vecinos, de ese modo sería imposible que alguien pudiese apuntarle con el dedo de manera directa.

Miró el reflejo que le devolvía el espejo colocado encima del lavabo y le gustó lo que observó. Al igual que cada día, estaba impecable; su fachada de habitante ideal no había manera de derribarla.

Llegó al restaurante más tarde de lo acordado, pero los imprevistos en su día a día debía atajarlos para que no fuesen un estorbo. Sonrió de manera superficial al *maitre* encargado de recibir a los clientes. Con el índice indicó el lugar exacto donde esperaban su llegada, el hombre asintió y acompañó al comensal a su mesa.

—Llegas tarde. —Le recordó su cita sin molestarse en incorporarse de la silla.

Se despojó del abrigo y tomó asiento frente a él.

—Un imprevisto de última hora, siento la tardanza.

Su acompañante asintió ante la respuesta, sabía la enorme carga que conllevaba; pero también estaba cansado de decirle que se relajara, la vida solo concedía un espacio de tiempo y había que saber sacarle el máximo partido.

—Aunque no lo creas, disfruto de cada minuto de mi trabajo. No podría hacer algo más gratificante.

El otro comensal no supo leer entre líneas el mensaje que acaba de lanzar.

Se miraron cuando sus teléfonos comenzaron a sonar al unísono interrumpiendo de ese modo la celebración de la velada.